

Terroristas destruyen el World Trade Center y atacan el Pentágono en un ataque con aviones secuestrados

La redacción de *The Wall Street Journal*
12 de septiembre de 2001

Parecían escenas de una película de catástrofes. O de una novela de Tom Clancy. O de una retransmisión de la CNN desde un lejano país extranjero.

Pero ayer eran reales. Y en los Estados Unidos. James Cutler, un agente de seguros de treinta y un años, estaba en el restaurante Akbar de la planta baja del World Trade Center cuando oyó «bum, bum, bum», recuerda. En cuestión de segundos, la puerta de la cocina se abrió de golpe, el restaurante se llenó de humo y ceniza, y el techo se vino abajo. El señor Cutler todavía no sabía lo que estaba pasando, pero se encontró de pie entre cuerpos esparcidos por el suelo. «Fue estruendoso», dice.

En ese mismo momento, Nestor Zwyhun, de treinta y ocho años, director tecnológico de Tradecard, una firma comercial internacional, acababa de bajarse del transbordador de Nueva Jersey y se dirigía a pie hacia el World Trade Center cuando oyó un sonido «parecido al motor de un avión a toda velocidad», dice, y

después una enorme explosión. El cielo se llenó de humo y por todas partes caían trozos de vidrio. «Permanecí allí dos segundos, después corrí», dijo el señor Zwyhun.

Más de cien plantas por encima de él, en las oficinas del Trade Center de Cantor Fitzgerald, alguien conectó una llamada de la oficina de la compañía en Los Ángeles en el teléfono de manos libres. ¿Qué estaba sucediendo? La gente de Los Ángeles oyó a alguien decir: «Creo que un avión acaba de chocar contra nosotros». Durante más de cinco minutos, la gente de Los Ángeles escuchó horrorizada el sonido del caos procedente del altavoz. «Alguien tiene que ayudarnos... No podemos salir... Todo se está llenando de humo...». Entonces la línea telefónica quedó interrumpida.

Quinientos kilómetros hacia el sur, en Washington D. C., un avión cayó en picado desde el oeste y se introdujo por un lateral del edificio del Pentágono, convirtiéndolo en una torre de humo y fuego. Mark Thaggard, gerente del edificio, estaba allí cuando el avión colisionó. La gente empezó a correr de acá para allá, intentando salir. «Fue caótico», dijo el señor Thaggard. «Era increíble. No podíamos creer que estuviese sucediendo».

El país se levantó ayer conmocionado y horrorizado después de que en menos de una hora tres aviones de pasajeros aparentemente secuestrados impactaran de manera kamikaze contra las dos torres del World Trade Center y el Pentágono, matando a cientos, quizá miles de personas, y dejando innumerables mutilados y quemados. Las calles del centro de Manhattan estaban cubiertas de miembros humanos, ropas, zapatos y restos de carne humana, incluyendo una cabeza con pelo negro y largo, y un brazo extendido en la autopista a unos trescientos metros del lugar del impacto. La gente que huyó en estampida del atentado se precipitó hacia el centro y se dirigió hacia el puente de Brooklyn mientras miraba por encima de sus hombros la impresionante vista del World Trade Center desmoronándose en una pila de humo y ceniza.

Andrew Lenney, de treinta y siete años, analista financiero del Ayuntamiento de Nueva York, estaba caminando hacia su trabajo a unas pocas manzanas del World Trade Center cuando, dijo: «Vislumbré el avión. Estás acostumbrado a que un avión ocupe un cierto espacio en el cielo. Este avión era enorme. Me quedé helado mirándolo. Bajaba por el Hudson. Se dirigía hacia mí. Vi la parte superior de las dos alas. Se giró para asegurarse de colisionar contra el objetivo. Se estrelló contra unas veinte plantas de la cara norte del edificio. Pensé que era una película. No me lo podía creer. Era un perfecto despliegue de pirotecnia. Tenía su propia simetría», dijo el señor Lenney.

Fuera del Pentágono, cientos de trabajadores que sintieron cómo el edificio oscilaba tras el impacto salieron en estampida entre sofocantes nubes de humo. En el interior, las luces se habían apagado y las alarmas hacían un ruido atronador. «Oímos una fuerte detonación, y sentí una ráfaga de viento», dijo un trabajador civil del Pentágono que no quiso identificarse. «También escuchamos una gran explosión, y alguien dijo: “Corre, salgamos de aquí”. Y corrí». El presidente supo del primer impacto de avión en Nueva York antes de entrar en la clase de una escuela de Sarasota, Florida. A las 9:04 h, el jefe de gabinete Andrew Card le susurró al oído que se había producido un segundo ataque, mientras el señor Bush estaba leyendo para los niños. Alrededor de media hora después, apareció en televisión para informar al país de que había terroristas detrás de la tragedia. Dijo que había ordenado una investigación a gran escala para «perseguir y encontrar a los tipos que habían realizado tal acto».

Poco antes de las nueve, el vuelo 11 de American Airlines procedente de Boston, secuestrado por individuos armados con cuchillos, se estrelló contra una de las torres del World Trade Center. Dieciocho minutos después —mientras millones de personas veían arder la primera torre en directo por la televisión— un segundo avión secuestrado se estrelló contra la segunda torre.

A media mañana, la torre sur había explotado y se había venido abajo, provocando una lluvia de escombros y llenando Manhattan de polvo asfixiante y humo. En media hora, la segunda torre se derrumbó. Mientras la escena tenía lugar, un tercer avión secuestrado se estrelló contra el Pentágono. El aparato atravesó un lateral del edificio, provocando las consiguientes explosiones secundarias y enormes nubes de humo que se levantaban por encima del río Potomac, y que se podían ver desde la Casa Blanca.

Un cuarto avión, también secuestrado, se estrelló a unos ciento treinta kilómetros al sur de Pittsburgh. United Airlines dijo que era un Boeing 757 procedente de Newark, Nueva Jersey, con destino a San Francisco. Se estrelló en un campo remoto, matando a las cuarenta y cinco personas que iban a bordo. El representante de Virginia James Moran, demócrata, les dijo a los periodistas tras la sesión informativa de ayer que el avión solitario podría estar dirigiéndose hacia la residencia presidencial de Camp David, situada en las montañas del sur de Maryland. El FBI, con veinte agentes en el lugar, dijo que estaba tramitando el impacto como si se tratase de un crimen. Los primeros informes indican que no hubo víctimas en tierra.

En Pensilvania, Daniel Stevens, portavoz del Departamento de Seguridad Pública del condado de Westmoreland, confirmó que el servicio telefónico de emergencias recibió una llamada de un hombre a bordo del vuelo 93 de United Flight sobre Pittsburgh a las 9:58 h. La persona que llamó, clamando que estaba encerrado en el cuarto de baño, dijo «el avión está siendo secuestrado», y repitió en numerosas ocasiones que su llamada no era «una broma». El señor Stevens dijo que cree que la llamada era auténtica. En el mismo vuelo, una azafata de Fort Myers, Florida, llamó a su marido desde el móvil poco antes de que el avión se estrellase.

Un agente federal dijo que un miembro de la tripulación de uno de los vuelos de American Airlines llamó al centro de ope-

raciones de la compañía e informó de que varios miembros de la tripulación habían sido apuñalados y transmitió el número de asiento de uno de los terroristas.

Los choques hicieron añicos una plácida y clara mañana en Nueva York y Washington. A primera hora de la tarde, aviones de combate estaban patrullando la zona de Manhattan, y los hospitales del centro de Nueva York estaban mandando a su casa a personas que querían donar sangre, debido a las largas colas. Con los teléfonos móviles fuera de funcionamiento, la gente se agolpaba alrededor de las cabinas de teléfonos y se amontonaba en las radios. Y las torres del World Trade Center habían desaparecido del paisaje.

Vincent Fiori estaba en la planta setenta y uno de la torre que recibió el primer impacto. «Estaba sentado en mi ordenador, oí un estruendo y mi silla comenzó a dar vueltas», dijo. La mayoría de la gente no estaba segura de lo que estaba ocurriendo. En la calle, la gente se quedaba anonadada ante el enorme agujero de humo en que se había convertido el edificio, algunos protegiéndose la boca con un pañuelo, más curiosos que asustados.

El ambiente cambió rápidamente cuando avistaron el segundo avión y éste hizo un viraje para dirigirse a la segunda torre. El señor Zwyhun, el ejecutivo de Tradecard, estaba en la parte superior de un barco transbordador, regresando a Nueva Jersey, cuando vio el segundo impacto y se dio cuenta de que no era «un accidente».

El pánico cundió cuando los agentes de valores, secretarios, trabajadores de la construcción, dependientes... salieron corriendo en busca de refugio. Pero había también una calma extraña, ya que algunos agentes de negocios cambiaron la hora de sus reuniones a través del teléfono móvil. Apareció un gran número de policías, que ordenaron a todo el mundo que saliese de la zona lo antes posible.

Los pisos superiores de los edificios estaban completamente cubiertos de humo, y la gente comenzó a saltar por las ventanas, uno a uno, golpeándose contra el suelo, los arbustos y los toldos. En el puente de Brooklyn, neoyorquinos cubiertos de polvo se dirigían en tropel hacia sus casas, atascando las aceras. Un hombre en camiseta y pantalón corto, corriendo hacia Manhattan con una radio al oído, gritó: «¡El Pentágono está ardiendo, el Pentágono está ardiendo!»; y una joven que hablaba a través de un móvil gritó: «Mi madre trabaja allí. No sé dónde está. ¿Qué está pasando? ¿Qué está pasando?».

Los peatones que se dirigían en masa hacia el puente de Williamsburg fueron recibidos por trabajadores locales que habían desmontado refrigeradores de agua de las oficinas, amontonado vasos de plástico y transportado garrafas de agua al pie del puente. Tom Ryan, un fornido trabajador de la metalurgia que estaba repartiendo vasos de agua, dijo: «Nuestras vidas nunca serán las mismas. Ahora vamos a pasar por las mismas cosas que otros países».

Transbordadores, lanchas de la policía y embarcaciones de recreo navegaron hacia el lateral del malecón situado cerca de las torres para sacar a la gente de allí —los niños y los heridos primero—.

Paul y Lee Manton, que se mudaron a Nueva York hace un año desde Australia, sostenían en brazos a sus hijos de tres y cinco años y buscaban desesperadamente un lugar al que ir. La familia vive cerca de las torres y, tras el impacto de los aviones, el señor Manton vio desde su ventana el edificio en llamas. «Dije: “Se van a caer”. Según lo dije, el edificio empezó a desmoronarse». Quince minutos después, su mujer y él salieron corriendo con sus hijos tratando de escapar.

Durante más de cuarenta y cinco minutos después de que el segundo avión se estrellase contra la segunda torre del World Trade Center, los rascacielos aún resistieron —en llamas, pero

aparentemente sólidos—. Los trabajadores de los edificios colindantes salieron en tropel a las calles, y el malecón del río Hudson acogió a muchos de ellos. Cuando la torre comenzó a ceder, lo hizo con un ruido sordo. Lentamente, entre una oscura nube de humo, empezaron a llover escombros. «¡Dios mío, se está cayendo!», gritó alguien. Todos estaban petrificados.

Un representante del sindicato de bomberos declaró que temía que unos doscientos bomberos hubieran muerto en las tareas de rescate del World Trade Center —donde trabajaban cincuenta mil personas— y que se daba por desaparecidos a decenas de agentes de policía.

El padre John Doherty, un sacerdote de la Iglesia católica, estaba en la calle, no muy lejos del hotel Marriott, adyacente al World Trade Center. «Quedé sepultado y me abrí camino como pude», dijo, hablando desde una camilla en Battery Park City, unas cuantas manzanas al sur de las ruinas. Se paró para escupir, y expulsó una bola de ceniza húmeda y gris. Cuando más humo había, consiguió ponerse a refugio siguiendo una barandilla que bordea el río. «El dedo de Dios fue lo que me salvó», dijo.

Timothy Snyder y otros dos empleados de Thermo Electron estaban en su oficina de la planta ochenta y cinco en la torre norte del World Trade Center cuando el avión se estrelló tres pisos por encima de ellos. No sabían que era un avión; el señor Snyder creyó que era una bomba.

«Estábamos trabajando», dijo. «De repente, oímos un ruido enorme y atronador. Los escombros comenzaron a caer por las ventanas, y la puerta de la oficina se abrió de golpe. El edificio comenzó a temblar, y no podíamos saber si resistiría. Yo estaba en mi silla, y todo lo que hice fue agarrarme a la mesa. Después de cinco o diez segundos, el edificio dejó de moverse, y supimos que teníamos que marcharnos. Todos cogimos nuestras cosas y salimos». Bajaron a la planta setenta y ocho, donde fueron conducidos hacia el hueco de otra escalera, tras cruzar

un vestíbulo con una fila de ascensores. Las paredes de mármol se habían combado.

Mientras bajaban, las escaleras estaban abarrotadas pero tranquilas. «Quedaba aire para respirar», dijo. «No sentíamos que nos estuviésemos ahogando». Fueron conducidos por el pasaje situado bajo el World Trade Center. Cuando salieron, la segunda torre se derrumbó. «Estar inmerso en la nube de humo fue como penetrar en un aire denso e irrespirable, tan negro que no se veía el sol». Corrió para ponerse a salvo y lo consiguió. «Debido a que el avión se estrelló tres plantas por encima de la nuestra, nos sentimos tremendamente agradecidos de estar vivos. Pero había trabajadores de los servicios de emergencias subiendo las escaleras mientras nosotros las bajábamos. Estaban intentando salvar a otros y no lo consiguieron».

En Nueva York, los responsables establecieron un centro médico en Jersey City, Nueva Jersey, frente al edificio de Datek Online Holdings en el río Hudson. En el muelle de Chelsea, un complejo recreativo en la ribera del río Hudson, responsables de los servicios de emergencias montaron un improvisado centro de urgencias en un tenebroso local que aparentemente era usado como plató de televisión para programas y películas. «Urgencias» estaba escrito en espray con letras naranjas sobre una de las entradas, y dentro había más de cincuenta camas —muchas de ellas eran en realidad mesas desplegadas, iluminadas con luces de estudio—. Unos ciento cincuenta cirujanos, presentes en la ciudad para una conferencia, se dirigieron al centro de urgencias y se prepararon para atender a los pacientes. Los trabajadores de los servicios de emergencias dispusieron varias decenas de voluntarios que prestarían ayuda personalizada a los pacientes a medida que entrasen a recibir tratamiento.

Pero sobre las 16:30 h, más de siete horas después de que el primer avión golpeará una de las torres del World Trade Center, no había muchos pacientes —sólo una pequeña parte del perso-

nal de emergencias había llegado para tratar heridas menores—. Uno de los responsables, comunicándose con un megáfono, les dijo a los médicos, enfermeros y técnicos que estaban a la espera que el cuerpo de bomberos de Nueva York, presente en el lugar, no estaba permitiendo a los trabajadores de los servicios de rescate dirigirse hacia los escombros. «Todavía las temperaturas son muy altas», dijo el responsable. Y los hospitales de la ciudad aún tenían camas vacías.

Mike Athemas, un bombero voluntario de cuarenta y seis años, se dirigió hacia el centro de la ciudad tras el primer impacto y no se marchó hasta media tarde. «Allá donde fueras, había alguien sacando cuerpos de los escombros», dijo. Para empeorar las cosas, los documentos que volaron desde el edificio estaban extendiendo el fuego, haciendo arder los vehículos situados fuera del World Trade Center. «Había veinte coches y camiones —coches de policía y ambulancias— ardiendo», dijo el señor Athemas. Un bombero de Nueva York sollozaba: «Mis compañeros están muertos. Están todos muertos».

En el momento del impacto del primer avión contra el World Trade Center, Craig Gutkes, bombero de la ciudad de Nueva York, formaba parte de la unidad de escaleras que fue llamada a acudir a Manhattan. Cuando todavía se encontraba en Brooklyn, su compañía vio el segundo avión atronando sobre sus cabezas. «Sonaba como un tren de mercancías», dijo. Vieron cómo el avión se incrustaba en la torre número dos. Cuando llegó a Liberty Street¹, «era como una zona de guerra. Había restos humanos por toda la calle».

En el centro, frente a la iglesia de St. Bartholomew, una iglesia episcopal, Andrea Maier, el ayudante del párroco, salió a la calle con una casulla blanca, repartiendo una oración de paz impresa especialmente para la multitud aturdida que caminaba hacia las

¹ Calle en la que estaba situada la entrada principal al World Trade Center [N. del editor].

zonas residenciales. Decenas de personas rezaban dentro de la iglesia. Se estaban celebrando misas especiales por la paz cada hora para acoger a la gente que entraba a rezar. «Seguiremos haciéndolo durante la noche si es preciso», dijo el párroco de la iglesia, el reverendo William Trully.

Amir Chaudhary, un taxista de veinticuatro años, vio derrumbarse la segunda torre desde el otro lado del río Hudson en Jersey City. «En un abrir y cerrar de ojos las Torres Gemelas habían desaparecido. Ni siquiera retumbaron. Yo no oí nada. Había gente arrodillada, llorando, suplicándome que les llevara en el taxi. Parecía una pesadilla: pensé que si me despertaba, las Torres Gemelas volverían a estar allí».

Aunque la Casa Blanca no sufrió daños, su gente no salió ilesa de la tragedia. Barbara Olson, la mujer de Theodore Olson, el procurador general de los Estados Unidos, iba en el avión con destino a Los Ángeles que despegó del aeropuerto de Dulles y se estrelló contra el Pentágono. La señora Olson, comentarista política habitual, usó un teléfono móvil para llamar a su marido momentos antes de morir. Más tarde, ese mismo día, el presidente Bush sacó algo de tiempo tras su sesión informativa de seguridad para llamar al señor Olson y darle el pésame.

Antes de mandar a sus asesores a casa, el senador de Virginia John Warner les recordó: «Yo estaba en Washington cuando supe del ataque japonés en Pearl Harbor. Éste es otro Pearl Harbor, y vuestra generación tendrá que asumir el reto».

Ayer por la noche, vehículos militares estaban patrullando la ciudad, y la policía había acordonado una amplia zona alrededor de la Casa Blanca. En Arlington, Virginia, muy cerca de Washington, los pescadores en busca de bagre en un puerto deportivo cercano al Pentágono dijeron que pudieron sentir el calor producido por la explosión. La Casa Blanca, el Capitolio y los Departamentos del Tesoro y de Estado fueron evacuados poco después del impacto en el Pentágono. «¡Salgan, salgan!», gritaba

la policía mientras recorría los edificios federales. Mientras los legisladores salían del Capitolio, las campanas tocaban *God Bless America*².

² Escrita por un inmigrante siberiano a finales del siglo xvii y musicalizada por Irving Berlin, *God Bless America* se convirtió muy pronto en el himno nacional oficial. Tras el 11 de septiembre, ha acompañado todas las ceremonias oficiales y privadas celebradas en memoria de la tragedia [N. del editor].